Manuel Ríos Ruiz

PLAZOLETA DE LOS OJOS



Manuel Ríos Ruiz

PLAZOLETA DE LOS OJOS

(Premio Ciudad de Rota 1981)

Es una muchacha sin cuya vecindad perdería la vida
IBN HAZM

I

TU sabes que hablo poco y cierto
y que escribo cuando puedo si lo necesito respirar
y que me acapara un silencio de bomba que nunca truena
y quédome embebido como un vaso de sueño y fervor imantado
cuando más soy el hombre que has consumado en brecha y brío
y es entonces cuando mejor te tengo entrevista
y presente,
                    alamareada,
porque preciso ausentarme de cavidades,
puedes
y baúles
y transcurrir por el tiempo que ya no existe
y sí se toca
y ponerme frente a mí para saber de mi redentoría del asombro
y volver calcinado a tu ser como vuelve al barbecho
la simiente revoleada
                                    y miramelinda
y tú lo sabes y me atiendes las reliquias
y te destinas en ello,
                                    mi socorro,
y cortejas sonriendo y atavías
este acopio de la existencia y de mi suerte
que de pronto me sale cavilado en ríos
trayéndome todo lo que tienes contigo en las entrañas
para elevar mi vida con tu cruz mariposa.

II

ESTABA la tarde sentada en su sitio y barandal de colgadura
tejiendo sus madejas y bobinas con arterias
 y malvaviscos adormecidos
cuando el mundo era tan joven como un camarón
y nadie me había profetizado el devenir
en su salitre y alacrán,
ni siquiera el olvido que dicen que tiene forma y colores de laurel,
pero crujía por el aire de la plazoleta
la ausencia de un caballo a barlovento.
Sentíme más moreno que nunca y más muchacho
porque te ví y desvelé
tan uvasana y salsera
en tu encendida nitidez y arrebol golondrinero.

Y porque se es virgen cuando quiere el corazón
si algo nos lo azuza,
se redondeó el viento por mi espacio
y hombreóme para siempre la estatura,
supe de repente que tenía nombre y destino sortílego
y que me crucificaba conocerte la sonrisa y la voz.
Pasó por allí y se quedó conmigo la grieta más honda de la tierra
y por ella llegué a dilucidar en tus ojos ese hervidero y órgano
que son los colores al salir niebleando de sus nidos
al verte tan vestida de verde como una semillama y su delicadeza.
Eras una juncia
que empieza a ondear e insistir,
tenías al relumbre
dórica la frente
y en los labios un rizo marino hecho de carne fabulada.
Hablaríamos.
Y las palabras serían mínimas y campanas,
comisuras,
corolas arraigando,
pechos o rumores,
compañeras y juntas,
saliendo a lazos y adornadas de vasijas y deidades,
con lunares en su recorrido y mediasvueltas garbeadas.
El recuerdo es ahora doblado y portamirador,
un oreo
y toronjil,
lo siento en el entre cejo y en el esternón
acribillado en su documento:
hubo un pregón entre nosotros,
algún misterio paráclito y candeal,
repelucos trasbolillando las miradas y los posibles,
injertándose más allá de la piel,
un galgo en flecha
venciéndose de ti a mí,
acuérdate de mi cara a pleno sol
y palpa la centella,
no ha pasado el repique que nos conmoviera
encerrándonos en su hidromiel
y nos vemos vivir y salpicar,
todavía es entonces,
todavía
te pido un vaso de agua porque la sed del amor es avasalladora
y feraz

y se renace
                    y se remonta,
se revuelca en su calentura y juratorio,
se comprime y se estira infinita y candente,
nutricia,
desde la tarde aquella entronada y bordadora
que dios dejó caer si fuera un pañuelo de seda carmesí.

III

QUE alarde de calle paseaba en tu peripuesta bicicleta de niña.
Era el camino de la luz por donde se iba a todo universo
y tantarantán.
Yo te buscaba en el aire amasado y caloría
de tu ventana esquinera,
en el quicio rotonda de tu puerta antesala y sin fin,
en los temblores titiriteros de los aleros
y de las aladas azoteas mirabienes,
con los pasos que daba detrás de tus volantes
y entrecriadas celosías.
La esperanza abrazábame con una dimensión retumbadora
de salmos alumbrados
y albriciadas cabalgatas,
me recorría un terremoto la esqueletomaquia entera
y en mi pobreza ciega todo lo veía volando entre mirlos y sílfides
hasta convertirme en el poeta del ángelus
por la plena diablura del romance,
que tanta era mi ilusión que se tatuaba en los árboles troníos
y se me venían a la frente las historias que nunca escribí
ni sabríate contar:
                                 eran novelas como biblias,
realidades capaces que se viven si aparecer,
ese tiempo escaparate y vestigio
que tenemos influido y andarríos
sin que nadie lo comparta y queda inmaculado en su procesión.
Era todo así,
                    todo en vilo y lira
viéndote a mi vera
cielo y alcahaz,
enternecida criatura mirándome la sien,
poza y casta,
trasvinada,
calle arriba y abajo respirando el crepúsculo en su túnica
y ornamento,

toda imán tú atrayendo mis perplejidades y aventuras,
mis erarios
y cúspides,
envuelta en paz tal las manzanas
sin saber que un verso en guerra acontecía.

IV

AHORA,
mirando la bahía con todas sus argollas sucediéndose
y empujando la claridad más legitima que existe en la tierra
y su aposento
tengo una revelación en la punta de la lengua
y en su cóncava sustancia
que me ha llegado desde aquí al horizonte
como si fuera el alud del eco,
el envión del sino
o el revoleo de un látigo culebrina y mirto,
yesca
pura,
y he comprendido de súbito y amareado,
entelerido
lirondo ya,
límpido,
viendo tanta inmensidad bruñida de colofón y espejos proclamados,
lo que quise simbolizar con una pieza de organza o nube sola
dándotela blanca y sobrerecogida
sobre la palma en hálito de mi mano y emoción:
necesitaba afirmar una naturaleza tan honda y fina,
tan rediviva y bandera
como el agua y su seno,
sacar de mí un lienzo en pie
de silencio y alegría inusitada
para cubrirte sobresaliendo amor
desde los hombros tu donaire
y adorarte mirándote crecer y besar,
viéndote sentir,
porque eras lo mismo que esa ola que fluye y se acerca bailando,
que no pasa nunca de su propio corazón aunque tome forma de trompeta
o de un enero peinándose su rebujina y compás,
porque llevas y tienes en todo tu cuerpo
un fanal tan tuyo para mí que me has transitado y hecho peregrino
como esta cometa que armoniza nuestro aire manuel
sobre la organza y sajadura

de la brisa,
por encima del tiempo y mi ofrenda primera y fervorosa
y ahora ya sé,
de cara ala mar,
por qué quise vestirte de candor y espuma bien mitrada.
V
LO he soñado
tanto como lo repetí
y cada vez que sucede y retumba
venimos hasta nosotros
y nuestros revoltijos,
amartelados
desde el mismo instante y chiribita
amamantadora:
besarte fue morir y superar la muerte,
quedarnos esclarecidos
y transverbados
al cerrar los ojos para ver mejor el cariño y su fósforo camino:
era un novillo zahíno doblando en la barrera del huracán
de cien encinas
y meloja también dulcificando las túrdigas y los escalofríos:
qué boquete de adentro a fuera,
qué catarata torzal,
qué gibalbín,
qué pabilo en llamarada,
qué caída alentando con su resbalón
la salvación de los cuerpos combinados
en su propia espiga y consagración alzada hasta la última página
de la piedra y su reducto.

VI
VEO en tus ojos por doquier anduvimos
y pensamos despertar,
-tócalo,
míralo,
bésalo-
aparece y renace velado
quien yo era viniendo giraldillo y berbiquí
desde la viña de mi abuelo sancristóbal
con una ensabanada chaqueta de estraza
larga como un día sin pan libro,
acarreando
en los zapatos de becerrovuelto todo el arenal caulinero

y por la cara reinante
milenios de soles medulando los poemas que se me aparecían íntegros
para acompañarme y conquistar veredas, jardines y doseles:
qué limpio lo recuerdo en tus ojos
y los pongo capuchinos y claros
mirando el porvenir:
encendíanse desde las mejillas en girasol y flauta
y eran dos oraciones dando y escanciando la palabra uncida y teja
a cada labio tururú
y yo me quedaba conmovido y traspuesto
-mírame-
queriendo predisponer y señalar con ellos y mi presencia
el resplandor en quimera de lo sublime.

VII

SI tuviera que nombrar el amor con otro vocablo y ritmo tendido
tendría que buscar en tus pupilas un eco de voz bien aclamado
en su ceremonia y bautizo
y echando mano de mi aventado realismo
ponerle un turbante vistoso y nazareno
y todas las cuentas del rosario que pudiera enjaretar,
porque sólo así, rellenándolo de profecías y de promesas,
tendría sentido y símbolo
llamarlo como lo siento y desvarío
y levantándose y
c
a
y
é
n
d
o
s
e, que sí,
en toda su hidalguía,
vo-
la-
ría hasta sus párpados de salutación y concierto
lo mismo que cambia de hortensia una mariposa al guiño de los azahares.
Y si tuviera que darle al amor figura cantoral
en la cintura tesorera
y en la crin,
iría hasta sus pechos,

a donde levitan y vibran,
a donde se citan,
para fijarme en cómo es la magia presenciada que no se asimila
ni se funde
y siempre sorprende con una ascensión de ángeles y botijos,
porque ahí,
                    en ese pormenor de tu bondad,
en ese acento pezón y garrido
de tu era,
se puede modelar la fantasía que requiere plasmar un querer
y hacer del perejil el sustento del bosque.
Más por si fuera poco y entonces imperativo y sabio,
concreto titirimundi,
infundirle al amor la apostura de un ciervo en lotananza,
el cid de un sí,
la densidad del sebo,
el acoso o la fragancia en preludio de una rosa en camporreal
transida de rocío rehundido y consorte,
el aura de la selva y su bajamar,
pondría el poema desplegado en tus bajorrelieves
prendiendo un bengala carolingia
compuesta de acebuche y ungimientos torrenciales
para que el amor se entienda lo que es
en su propia pregunta y zapatiesta.

VIII

NO tengo más salud que la de tu alma,
ni más sensación en golpe y tijereta
que la gloria de pasar ardiendo en ristre por tu cuerpo vivido.
Mis puntos cardinales se han reunido en ti
enloquecidos
y cálidos
lo mismito que se arremolinan las espigas en la parva rastrojera,
igual que aquellas olas convergen trinitarias
por mi retina y cítara.
Y sé,
        salud,
                    que me contienes,
que estoy en el meollo de tu garganta y silo,
en el lugar translúcido que crea
y requinta tu mirada.
A veces me siento infundido en tu costado,
en un lunar de tu reino abismal

tan fraterno y colindante,
tizo melisma de tu entraña madroñera,
parte
viva
de tu acariciada piel que en mi mano se apila y desgrana
cuando tanto descanso en ti que puedo ser mi vida en desfile
para irme contigo y sustraerme continuándome hasta acontecer
y trazar una raya en el agua si escribo mi señal
poniéndole coplas y esquilas a todo el calendario y su odisea
al besar tu boca y poseer la siempre viva juventud de los geráneos.

IX
AQUEL momento hermoso y sábado habría que llenarlo de vino tiritado
y celebrarlo a cada instante con una vorágine
de catapunes y alondras
incendiando con plumas y algas
la carne misma que se nos enterneciera
o yéndonos al mar dispuestos en su candela a perecer y resucitarnos
volando y trasminando el pellizco que sentimos y nos llamaba:
recuérdalo
enorme,
inefable
y lírico,
contundido por las venas,
toda su esencia la tengo escapularia y presa por las anchas ganas,
hechecita una nuez,
delante mismo desde atrás en zarzamora y zarabanda,
saltando a la comba,
dibujando trances,
empedernida
de señas dentro de dentro
por eso estoy y soy,
porque un día
hermoso y sábado
puse mi mano en tu cobijo y quédeme en él
como una aldaba en trino y flama cada vez que resuena
y el momento aquel hermoso y sábado se coliflora y permanece.

X
ME fijo en tí
y te estoy recordando
y viviéndote,
cimbreando

la historia comadrona y sutil que fue trenzando tanagras
y arpegios desde los labios que se hicieron mellizos y enredados,
avariciosos
y tronchándose como lirios,
como llamas en nardos y escándalos,
mientras los contornos se henchían de sentires
disparados
y parecíamos esas luminarias del ocaso
urgando sobre el mar
y nos agarrábamos a la dicha tarareándola
entre los destellos y los títeres de cada retina y tacto,
porque todo el envilo tieso
que movía nuestra sangre alígera y volcada nos acudía
raudo del infinito como el oleaje se desparrama
en los torsos y nos salta a la vista,
como si la vida fuera una sacudida metáfora
y así nos queremos sin remedio en toda singladura,
más a cada lance y santoral,
eviternamente alucinados
y el amor te sonrosa
y te repite el corazón,
los senos pimpinelas,
las comisuras del vientre suspirando en las pestañas
y mi voz
va quedándose en tus tercios y candidez
zurita paloma y ascua
encontrando su sonido y caldería.

XI

EL día que me dormí entre tus entretelas
después de derramar a cántaros
tanto aljibe y vigilia en el piélago de tus nidales,
soñé
con la gracia y hacíase diosa y maestra del arte de vivir
y tú eras quien llevaba el designio del aire camaleón en tus ojos
y te engalanaba tamaña posesión de hombre en tus pentagramas,
de hombre que buscábase su nacimiento y vela
porque yo había crecido dejándome en ti las constelaciones ingénitas
y los espejismos
y la gracia ensoñada tornábase tan balumba y saltadora
que se personificaba en nuestro abrazo cerrojo,
subía en alarido
y canto del gallo,

cuando el orbe acunaba nuestra sombra y perfil
y todo mi fovismo quedábase en una amapola de pasión en auge:
en tu flor abierta al mediodía aspirando raíz por la caricia.

XII
CUANDO yo era zagal
miraba las cabrillas de la madrugad encinta
aparecer calientes en el cielo acostado en la tierra y su tanino
porque las quería y eran mi pergamino íntimo y visionario,
unas brujas a mi estilo y condición atravesando las dehesas:
les pedí que me hicieran el milagro
de hablar y querer,
de configurarte légamo y cuadro
-quiero decir ola y pantalla-
que tuvieras ese regazo tan capacha
y el ardor que te brilla,
que amanecieras conmigo al cabo del relente
y que fueras a la par azafrán y colibrí
de cuadril a cuadril para tenerte.
Y quizás me escucharon promoviéndose
nuevas y artistas,
todas ellas zarcillosy rubor,
oh rosarieras abiertas al alba
las cabrillas,
las estrellas del azufre,
                                        del presagio
que te pintiparó al poema
lo mismo que acaece la verdad
y nos deja su sandía.

XIII
SIEMPRE te ha mecido una brisa nimbándote
y te ha tenido oriflamada,
puesta como una maceta frente a la luna limonar
y siempre urgía quererte más para que no te escurrieras
con tanto aroma y bendición
hacía un atril venidero de sueños,
por eso he sido tu hondo calabozo,
un río ciñendo tu cintura,
la orza de tu clavo y de tu canelería,
el *dom* admirativo y jurado
de tu flora,
hasta caer rendido por la dicha como el rayo mayoral

en la veleta se declina,
hasta hacerme sangre en la sangre,
los corales
y los frutos,
así te he concebido y acariciado:
yendo desde el ánima
a la carne trasteando tu hervor y comiéndolo,
adivinándote
en el relío de la brisa angelera que te sostiene y abanica,
absorto de ti,
enmagiado,
trémulo arcoiris enganchándose
a la cadencia que te nace y surte
cuando abres los brazos y me enliras.

XIV

LA noche que volví de la mili sobre una voltereta
del espíritu en volandas
y te tiré la borla del gorro al alféizar de tu ventana,
fue doncella la alegría infusa
que se retrató sonámbula en el aire
y me quedé con la mano tan anafe
que se me enrejó de música,
cascabeles y almireces
hasta sentir las guitarras del barrio en las costillas
mirándote mirar
los rojos flecos como venas de cabeza de santo destruida.
Nunca te volé un beso más bullido y grana
ni nunca me sentí más dartañán.
La noche estaba quieta como una estatua
y mi corazón era un hormiguero.
Tú tenías la sonrisa desnuda
y sinalefa
metiéndose saltando en mi hechura
y propagación hasta la madreselva
y aquella viñeta en la penumbra
parecía el cabal y prodigioso cuento de la buena pipa,
el arte en desuso de contemplar el amor
dentro de su alambique y alcancía.

XV

LA hijuela de las coles, el recreo
de las cadenas,

los pinares ninfados
de las torcaces,
los carriles seguidos de las oblatas,
toda la geografía besada
y primigenia
se ha escondido en el estante de algún arquitecto doctorado
y hay que evocarla al pasar como si pensáramos en verla acogiéndonos
en plena comunión,
aún enverdecida,
midiendo el paseo incendiado a santa fe
entre el mocerío de tantas tardes alejadas y juglares,
comunes y bonitas,
tolvaneras,
hombro a hombro recorridas
y ovilladas las manos en la cumbre del deseo,
contenida la palabra
o sobrante la voz,
porque con sólo sentirnos nos atribuíamos
quiénes éramos
teniendo la vida corriendo por delante,
la espera y cojumbral de lo acontecido por imaginado y posesorio:
esta sincronía que al volver a sentirla enciende su reclamo tiritón.

XVI
LA cábala
que es un delirio
ha sustentado los montones de amor
que hemos enlucido como si fueran palacios o califatos,
alisios
vientos,
engreídos los dos trasmutando el flujo sinuoso
de los huesos exprimiendo el corazón,
la polifonía exuberante
y envaporizada del abrazo anchuroso y límite,
ensortijado
en su sortilegio despavorido,
oh delirio almáciga
y remate,
ay carne batiéndose cada vez más ensimismada y mutua
donde el entronque gira y contraseña su canción de catedral.

XVII
SER el levante levantando la arena y la marea

y venir del más lejano trasmundo a tomar cartel
y llegar hasta donde el pensamiento se revienta y fortalece
es un desafío
que clavo en esta égloga y buenaventura,
en esta pleitesía
arrumbadora
que todo lo trasiega
y asolera
con sólo saber que digo la verdad hecha un venero,
que tengo en la tinta puesta y entrinada
la razón y la ternura que nos acurruca con su jugo y talismán
estirándonos la ilusión y el prodigio,
el paladar en cada instante y liturgia,
oh
empeño
de caracol
en salto,
cara a cara como dos entonaciones
-una dulzaina
y la otra rabel-
y así hemos enmoñado la fúlgida revolera
que nos entrecruza como dos gaviotas en peripecia,
igual que el levante se casa con la mar esta mañana
mientras mirándome estoy en sus atropellos
los misterios vivos
y esas inundaciones que han hecho de nosotros una relámpaga
emoción:
este estar y ser cual el viento en derroche y embozada.

XVIII
POSEES un refilón en el lugar más encantado de tu jilguería
y es el paisaje que más te miro y acaricio,
te pueblo
y versifico,
tiene forma de arrullo escuchado en alta mar
y por él se deslizan puras avalanchas
de sándalo y candor,
un trémolo quíntuplo
y ese sabor que te sube a los ojos por moyeros y caderas
cuando dejo sobre ti mi corán de vida encadenada.

XIX
ENGENDRAR en ti fue la suerte primorosa y candil

que fui verificando
como se celebra una festividad acampoatraviesa
o por los tejados del mar,
dándole pájaros a la cabeza desmandada
y falsetas dibujadas al sentimiento puesto en la palpitante bandeja
que el cuerpo provoca,
teniéndote bifurcada y calandria
desde el resuello al tobillo,
con el vientre sonando a sol
lo mismo que se remonta el vino en su botella
y se convierte en hierro y caracola,
con todo el dulcerío
que un ser puede despepitar,
con la herencia en requesón buscándole al destino la escalera,
el rumbo
y el reloj,
qué sangre de beber,
qué roncha escociendo,
todas las sabidurías en alianza diluyéndose
y cuajándose como una lágrima estremecida de hallazgo y contento,
hasta la alboreada gloria
de saberte pila de bautismo beso a beso cincelada y redonda.

XX
HA llegado la noche como un sigiloso tejón y a la playa
se asoma la silueta de una música en posterioridad y luna,
la vengo escuchando desde que nací al conocerte
y sus melos y medusas abarcan la historia trinitaria
que he visto pasar entre tus brazos
y que llegará a la madriguera
de su culminación
para repetir su rumor y órbita
y nunca quedarse en la maciza quemadura que acicala y transparenta
dándome sus piedad inspiradora,
el roce
de su serpentina transpirable meramente,
la voluntad que lleva este aire tan profundo
que columpia el pasado y menea el aquí
al sentirse en su son cuando la noche aparece tan merced.

XXI
TU teresa concepción alentó nuestra vida y memorial,
nos ponía el clavel colgado de la lámpara,

arracimado tirabuzón
en las cortinas,
encima del sillón y de la cama,
dentro del hilo de los libros y sus cabrilleos,
pintando los techos de color criaturita
y llenando los suelos repicados
de belleza y de muñecos,
encaje por encaje revueltos con espliego,
pues el clavel era una moneda morena que todo lo paga y ríe
y la casa se transfiguró desde la mesa a las sábanas tendidas
y ya era un diábolo
y andaba sobre sí misma y sus virtudes
hecha un carruaje
y yo me crecí y esponjé de hombre intravenosamente
al ver aparecer la vira maravilla desde tu vientre bergantín.

XXII
A ratos presiento que todo enamorado
es tan acertijo y frenesí como un azulejo,
un hombre que busca lo que tiene y lo aprieta
contra su victoria
y se queda perplejo al querer consumirse y proliferar
en su propia ansiedad y yerbabuena
porque sueña lúcido
a la par que vive
y nunca sabe si está en el punzón del futuro
o en la mera nostalgia,
ni si lo que siente se desprende del momento palpable
o le rebasa desbordante de todas las figuraciones boreales
que le mantienen ávido de realidad y de deseo,
encolumbrado,
por ello preciso encabalgar nuestra narración sin procesarla,
moviendo los aconteceres y los suspiros,
barajándolos,
para que persista la sorpresa y la certeza,
la reolina siseadora
que nos alucina y nos demanda lo atisbado
al entregarnos entre sí por los años vigorosos
y sumisos,
por los sorbos de respiración hacia clamores y efluvios,
los que ya rebullen trastocados y repentinos
aventurando tu cuerpo y mi sed
para darle al tiempo acantilado del amor su fijeza

desquiciando fechas y bocacalles,
los transcursos,
pues el enamorado está sumergido y águila en su frenesí
y sólo se reconoce si te mira y te tiene toda carne engalanada.

XXIII
ACUERDATE de aquella octava de distancia en pena
porque en ochenta y algunos días el mundo no existió
y estábamos tan huérfanos como Dios mismo sin sus ángeles
y no servía la voz por el teléfono
ni la diaria carta apresurada
porque no es así la razón de vida que siempre nos cruzaría
los brincos del corazón fermentado
y tu delantal de costura
no era tu delantal
ni mi lápiz era mi lápiz barroqueño
y se nos ponía la muerte en la garganta a libar su veneno
como una sanguijuela
y daban ganas de zamarrear el llanto
y de no dormir nunca para no dejar de vernos deseados
y tanto martirio era para ser más nosotros sin embargo,
pero nos dolía hasta la cruz del cuerpo de aguantarle
y te llamé a voces desde el cogollo dela tierra prometida
ardiendo en mi fábula y derribado por su explosión
porque me faltaba el aire removido de tu enjundia,
porque no tenía ni frente sin tu hombro trasvolante
y llegaste tan yema
y firmamento
y tan pericia
que volvió el mundo a ser una redonda infusión de luceros
y empezaron a crecerme los rodrigones y los sarmientos,
los versos que tenía encarcelados abriéronse en mis venas
y nos besamos enlunados y medio muertos,
hechos una piriñaca,
y desde entonces,
                                        luciérnaga,
                                                                        nos asiste una semejanza de divinidad.

XXIV
SI es verídico que *el amor necesita quebrantar la ley del mundo*,
me explico por qué vivo fuera de las murciélagas fantasías
de los anuncios, escapado de la rutina
que me agobia el tirón

y estoy respirando por dentro de un poema,
distendiéndome,
ejerciendo mi hombría enamorada
como mantiene la caña y el arrobo un pescador
y sólo me fijo en lo desmedido,
en lo que sobrepasa las distancias dívicas
por muy lejos que estén de la cercanía que es todo
si se rompe,
si se troquela,
si se tritura,
si se disloca
la función y el letargo que padecemos y nos sobra,
para quedarme salvado solamente en ti
mientras el mundo
hecho cisco
está más desprovisto cada día es su temor.

XXV

HAY un relumbre de oro en tu nombre
o yo me lo imagino
porque al decirlo me estoy defendiendo de la muerte
y me monto en la vida y sus espuelas
sin miedo a volver a desafiarla esparciéndola por mi ámbito,
por mi causa.
Tu nombre es un perdón.
Tu nombre es una mesa.
Tu nombre
es un rincón y un manto.
Yo no sé decir otra palabra más diamantina
Ni llamar a nadie.
Si se me olvidaran sus sílabas y diccionarios
no sabría rezar,
por eso digo tu nombre cantándolo,
para no caerme al pozo y enterrarme en llamas y azogues.
Y el día que no brille tu nombre así
o la noche que no suene a tilo y génesis
habrá desaparecido la eternidad mismísima
y su perpleja esfinge volaría
de esta plazoleta de los ojos.

XXVI

NO puedo contar nada más que lo mío diciéndote quien eres.
Es lo que aprendí mientras vivo azumbrado en los versos.

Hay gente que se ocupa en navegar pero yo no sabría ni quiero,
lo que me importa es tenerte en lo que pienso y proclamo
y amo la fortuna de situarte en el monte
desde el filo ensarmentado del mar,
sólo tengo que mirarte abiertamente para hacerlo imprimir
y emprendes un vuelo de oropéndola sin moverte
y es tan cierta esta venturanza como todo lo fortuito
que acaece sin prevenirlo
y así me paso el tiempo sin lindes ni kilómetros
que concibo junto a tu costumbre genital de rizar la convivencia
cuando estoy creyendo que te conozco por recóndito atavismo
y que eres la sabiduría de un hombre nadando por la arena.

XXVII
SI tuviéramos que repetir la crianza del amor contraído
cómo redoblaríamos la fe en la inmortalidad y en el gozo,
cómo nos sorprendería lo que no sabíamos decirnos sobredados
sin caballo a barlovento regresando de su ausencia,
sin los pensamientos en el cielo de la boca destajándose,
y qué tempranería
en la voz incitando el silencio conversador y caricioso,
qué vecindad genuina
y germinadora
a plena luz y nuevo entendimiento:
cómo reencarnarla tan saltante
y aleluya
en ese momento consumado desde ella y su crisol,
desde la crianza del amor que nos crece como un vendaval de emporios
y sigue arándonos,
poniéndonos en el sitio sin sombrero de los seres imaginarios
porque somos capaces de querer sin terminar.

XXVIII
BIEN lo dijo el poeta aquél,
el de los muertos:
cuando dos cuerpos se unen para amar
se quema más despacio la soledad de la tierra.
Y es una verdad sobrepujada la que nos atraviesa en ráfaga
al comprobarlo,
al ver como la atmósfera se resiste al mal morir
por contenernos en su barriga heredando el paraíso.
Fíjate ahora en cómo el fuego es tan vivificante
y traspasado

que está creciendo en su donosura el damasco de la colcha
y las esquinas de la alcoba se llenan de bizarrías y espoletas
y los resquicios nuestros al tenernos son como terrones de azúcar
inmersos en salmuera
y hácense vellones y caireles
en el potosí
de la carne solícita,
del alma alcanzada y resoluta que nos encolumbra el tuétano y su malvasía,
porque gozar el enjambreede los sentidos porfiados
con el más prieto juramento y gravidez
es detener el tiempo y su holocausto
y echar una futurista y salvadora mirada a la redonda.

XXIX
HOY me he preguntado por qué escribo versos sin detenerlos
y me he escapado metiéndome en el mar para comparar
la inmensidad que lleva con este corazón que los promueve
y con los ojos tuyos que los enaltecen por que los inspiran.
Y es inútil tomarle la medida a lo que crece en la plazoleta de los ojos
y late hacia abajo buscando sus motivos y sus alturas,
no hay vara
ni cuartillo
ni sismógrafo
que pueda respondernos de su peso y extensión,
el amor que sopesamos retumba en los pulso alfileres
y desde tan confinado enigma
despliega tantos débitos y honores
que el cuenco del mundo no puede contenerlo en su borbotón y sima
y lo mira a su alrededor yendo como barco velero repompeado
abierto a los más tránsfugas horizontes y estratosferas,
fuera de índoles y consecuencias,
muerto y vivo es sí mismo como el mar y al tierra,
de ahí que haya sobresalido y emigrado
de orillas y de estíos,
de planetas y tormentas,
de veranos y canciones,
hasta llegar a la última alegría
de estos versos caminantes de por sí.

XXX
A mi me gustaría vivir contigo en una estampa que se moviera
diáfana cada siglo y técnica
y que saliéndose del códice dejándolo cerrado

cambiáramos de cenefa y de vestidos
según la primavera nos lo fuera pidiendo con su polen,
porque así nadie nos sabría tan eternos y temerarios,
ni descubrirían que nos une y nos vivifica
un talante estornino al amar,
este credo compartido dentro y fuera del tálamo
que nos fue decantando desde la premonición gozosa
hasta la conciencia en cirio,
que nos hilvana la vida interminable que tenemos intercalada
en todos los derroteros y simetrías ondeantes:
la esperanza de permanecer abrazados de lámina en lámina
sin que sea revelada la salva de fe de nuestra travesía.

XXXI

UNA noche sin sueño
ni algarabía,
en el sentido último
de ser hombre,
te estuve contemplando tan largamente como quiso Dios
para poder imaginarte al llegar el día penetrante y rápido
que te acomete con quehaceres por bordar
y luces por encender,
y viéndote en la oscuridad al rosicler del aliento desvaído
te pensé más calidecida que una dalia en celo y granazón,
fue cuando habías entrañado
y te estallaba
la piel a pedazos de hermosura y trasparencia,
brillábate
la lucidez que eres
y sobre la sábana ardida y nieve
se acumulaba lo único que tengo dentro de mi cuerpo.
Y una visión así,
una certeza tan aglutinada en los entresijos
y saliendo a chorros por los ojos sálvica y festejada
es algo que se queda para siempre viviendo en la memoria
y en el corazón impróvido:
un sueño permanente que no conoce sosiego
porque todo lo que es cúmulo y oráculo
sugestiona y confirma
el silencio más puro de un hombre encandilado.

XXXII

VAMOS pasando la edad de los espejos antológicos

a-
tra-
ve-
san-
do el país de los acericos,
sin que nada nos dañe la ilusión
ni la voluntad,
estamos más allá de lo contertulio y de las transpanrencias
y vamos de miembros uncidos,
ayuntados,
entreposeídos en nuestra propia lumbre,
aspirando solamente la naturaleza saboreada,
pues si el amor es sacrosanto
y hay que venerarlo como a un rabadán
mirando de frente su evento y tandalio
hemos aquí a nosotros,
muchacha clara,
sintiendo su escorpión mirífico en el zenit de las pupilas.

XXXIII
ANOCHECE
y amanecerá:
sol y luna,
aerostatos y mareas
regirán nuestros mundos y contingencias,
veámoslo recorrer misceláneos
todas las venas enlazadas desde que lo quiso un santelmo:
son esta compañía insólita y correspondiente,
los síntomas y helechos
de este acaecer enamorado instante por instante,
la maravilla moaré que supone la quimera,
la rosa en la rosa
que no dejamos marchitar ni corromperse
y se alza en ejemplo y camafeo
de tapiz,
de escena recobrada y rediviva,
tan nueva
como añeja,
atiborrada de sol,
argentífera de luna y celestías,
estrellada de mar y de espacios en la ardentía sucesiva,
perseguidos por el firmamento con todos sus atributos y donaires
en esta claridad hacia la noche que nunca podrá ser efímera,

que jamás perderá su condición de día esplendoroso y sanjuán
mientras que tú y yo tengamos el alma en acrobacia y plenitud.

XXXIV
JUSTAMENTE ya,
sin más sahumerios retentivos que poseer y alterar moceados
quiero consumarte para dar explicación a mis cavidades:
estás y esa es la razón que ovacionan mis estandartes.
sin ti dónde estarían las secuencias que han pasado al galope
y desde donde en su vuelo se precipita lo que espero recibir.
Tú,
como el mar que refleja,
me das la especie,
la cosecha
y los promontorios,
me cuajas puñado de verbos
y el ayer y el hoy
-qué equivalencia más generosa,
qué dualidad por el seno-
no firman diferencias en tus instintos:
el corpus,
el canto,
el empeño,
líricos se entraman
y sé que cuanto viví en tus términos volveré a sentirlo inflamado
y que otra vez
y cuantas nazcan
tendrás en tu figura
la encarnación de mi palabra trovadora atestiguada.

XXXV
A la hora de consignar
y de referir la miniatura y vidriera
de nuestro envolvimiento y adagio
me acompañó el mar,
la memoria del vino y del tabaco,
el encuentro continuo,
más una avispa del varano apuntalando
el papel para que pudiera mantener la conjura
del asombro.
Y fui ensalando cada palabra y rito
como si encurtiera la vejiga del habla y el pellejo del sentimiento.
Yo no sé dónde he encontrado el tono ni la tarantela

que me dilucidó cuanto fui tirándote a pelú sobre tu barcarola
permanente y cristalina
de tanto sueño fuera de cacho y de techo
y sin embargo embarcado en nuestras carnes desde aquella tarde
carmesí y plazoleta de los ojos.
Quisiera adivinar qué latido quedó más profundo y alto:
¿la sed sin término,
el semibeso nítido o saludo de los labios,
la constante quemazón de los abrazos,
la vida en ciernes trompicándonos,
la ebullida serenidad que nos ha dejado esta almendra
sembrada y flor?
Quizás la dádiva se deba a algo más determinante que el destino
y el milagro,
que naciéramos atribuidos entre sí
en el más remoto cáliz de la purificación del mundo
y nada pudo quebrar la telaraña.